

Dibujos en la arena.

El sol aún está alto. Las nubes rasas y nacaradas se alejan hacia el horizonte. La luz que las atraviesa, se desliza sobre la superficie del sumiso mar tiñéndolo de un hermoso gris perla.

Lo niños juegan en la orilla de la playa. El mayor, que no hace mucho ha cumplido los diez años, sentado sobre la tostada arena, con los pies mojados por el batir cansino del oleaje, observa a los mellizos jugar con un enorme cangrejo bermellón que se defiende alzando desafiante sus pulidas pinzas: la niña lo hostiga con una rama delgada y puntiaguda, sonrío mostrando dos hileras de pequeños dientes recién estrenados, el niño salta a su alrededor para impedir la retirada del aguerrido crustáceo.

Algo llama la atención del mayor que vuelve la vista hacia el horizonte. Entorna sus negros ojos y escudriña la línea difusa y lejana que parece tragarse el cielo.

Cuando más ensimismado está, una sombra alargada cae sobre él.

El hombre fuerte y nervudo que se detiene a su lado, lleva al hombro un amasijo de redes de cuidado aspecto y bajo el brazo un cesto de hojas de palma entrelazadas. En su fondo media docena de grandes doradas todavía se agitan con la esperanza puesta en alcanzar la libertad con el próximo coletazo.

La mirada que el hombre le dedica al niño es afectuosa, rayando la admiración. Su rostro curtido por el tiempo se relaja. Lo alza al viento y cierra los ojos, deja que la brisa que proviene del mar lo bese.

La noche que se aproxima será templada, lo sabe por los aromas que el aire arrastra y que pellizcan su nariz, por el calor que hace que le hormiguee la piel. La gente de la aldea saldrá de sus chozas para compartir la cena a los pies del *baobad* de Los Ancianos. El vino que el viejo jefe elabora con tanto secreto cada temporada, regará las gargantas. Habrá historias y canciones. Hasta la madrugada nadie querrá regresar a la tranquilidad de su hogar.

Abre los ojos y ve al niño todavía con la mirada en el infinito.

—¿Qué observas con tanto interés?

El niño alza la cabeza hacia el hombre y escruta su cara con curiosidad.

—¿Qué hay más allá del mar?

—Más allá todo es mar —El hombre contempla reflexivo el horizonte—. El mundo es un mar infinito.

El niño ladea la cabeza. Sus ojos, de una profundidad oscura y hermosa, reflejan incredulidad.

El hombre ríe; conoce bien esa expresión.

—De acuerdo —asiente—. No todo es mar.

Deja las redes y el cesto en el suelo y aprovecha que la niña ha tirado descuidadamente su improvisada lanza para recogerla.

—Mira —le indica al niño mientras dibuja en la arena, con el extremo más delgado, una forma indefinida—. Esto es Al norte se encuentra Y Y —A medida que habla va dibujando círculos deformes, desiguales, toscos unos más cerca que otros—. Al sur.... Y más abajo la frontera de arrecifes que llaman El Muro del Gigante. Al este Al oeste..... ..

El hombre deja de dibujar. Ha visto la arruga en el entrecejo del niño, señal inequívoca de su desaprobación, y sonrío. Se inclina y hunde apenas la punta del meñique en un lugar indeterminado del improvisado mapa.

—Y aquí nosotros. No te miento.

—¿Cómo sabes todo eso? —inquire, observando con la cabeza ladeada el torpe bosquejo de ese mundo de islas y mares.

—Cuando era un poco mayor que tú, partí en un barco, como esos enormes, que de cuando en cuando anclan en la bahía. Vi en mis viajes algunos de estos lugares. Los marineros que fueron mis amigos y camaradas me hablaron de lo que nunca llegue a ver.

—Te mintieron —declara el niño con esa seguridad obstinada tan habitual en él—. O el que me miente eres tú.

El hombre ríe, disfruta con la confianza innata que el niño tiene en sí mismo.

—Cuando seas lo suficientemente fuerte, podrás marchar como yo lo hice y comprobar que tu padre no te mentía.

El niño se pone en pie sacudiendo la arena que ha quedado pegada a las posaderas de su corto calzón mientras con el rabillo del ojo, vigila a su hermana que, imprudentemente, utiliza los regordetes dedos para azuzar al cangrejo.

—Yo no me iré nunca de aquí —dice con tranquilidad.

—¿Te da miedo lo grande que pueda ser el mundo?

El niño le dedica al hombre una mirada orgullosa y desafiante.

—Yo no tengo miedo de nada —asegura, alzando el pequeño mentón.

El hombre sabe que es verdad; sabe que su hijo no conoce todavía el miedo.

Alarga la mano y le alborota los negros y cortos cabellos.

—Por supuesto. Nunca lo he dudado.

El niño vuelve la vista al mar, algo ha captado de nuevo su atención. No le distrae el grito de dolor y sorpresa de su hermana, cuando el cangrejo logra por fin asirle con las tenazas uno de los dedos, ni la carcajada de júbilo de su mellizo. Entorna los párpados, usa su mano de visera, arruga los labios. De repente, nota un escalofrío que le recorre la desnuda espalda. Es extraño, no entiende por qué su cuerpo reacciona así. Busca con su mano delgada la de su padre, grande y callosa, y la estrecha con fuerza.

—¿Qué ocurre Ireeyi? —pregunta el hombre.

—Se acerca un barco —responde, notando aún la piel erizada.

—¡Oh! —El hombre hace sombra con la mano sobre sus ojos y asiente esbozando una animada sonrisa—. Hace tiempo que no recibimos visitas. Esta noche tendremos compañía.